



www.loqueleo.es

© 2025, Mónica Rodríguez

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-583-6

Depósito legal: M-1791-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Por estar allá arriba

MÓNICA RODRÍGUEZ

loqueleg

Parte 1:

Pájaros

1. Pájaros

9

Había pájaros volando sobre su cabeza. Se entretuvo viéndolos cabriolear contra el cielo gris. Por un momento, Alicia se imaginó que era uno de ellos. Podía sentir el vértigo del aire, la extensión del valle verde y negro allá abajo. Un presentimiento latió en su corazón, como un pájaro pequeño. Llamó a la vaca. La golpeó suavemente con el palo y siguió el descenso hacia Ablaña.

Las madreñas se hundían en el barro. Caminó un buen rato mirando hacia el cielo, con todo aquel gris deslumbrándola. Ni siquiera vio al grupo de hombres que subían por el camino, ni la escombrera a su derecha con el carbón mojado, ni los castaños. Solo el cielo y las rayas que los pájaros iban dejando entre sus pestañas.

Bajó la vista.

Ya se alcanzaba a ver el pueblo. La lluvia negra envolvía los tejados, la hilera de hierros y los cables del ferrocarril. El viento traía el humo de la Fábrica. Cuando volvió a levantar la vista, los pájaros ya no estaban, pero la niña sintió que de algún modo se habían quedado allí, con ella, en esa esperanza que la empujaba y le mostraba el mundo por estrenar.

10

—¡Vamos, Candela, que no tenemos *tol* día!

El cencerro de la vaca sonaba con cada paso.

Donde las primeras casas, lo encontró. Al principio solo oyó aquel ruido suave, casi triste, como una llamada de auxilio. Detuvo a Candela con la mano, chistando para que no hiciera ruido, y buscó con la mirada. En el suelo, entre la broza, un diminuto pájaro piaba atemorizado.

Alicia lo cogió con delicadeza. Le sopló su aliento para darle calor. Después, con él entre las manos, continuó su camino hacia el establo. La vaca arrancó unas hierbas y siguió a la niña. Golpeteaba su grupa con el rabo. Sus pupilas hondas y brillantes la miraban; movía la cabeza arriba y abajo, como diciéndole que sí, que había hecho bien, que cuidara de ese pájaro, que ella, al fin y al cabo, estaba hecha de su misma sustancia.

La niña sonrió. El pájaro latía suavemente entre sus manos.

Y también el mundo, allí, frente a ella, lleno de promesas.

Alicia solo tenía aquellas promesas y un puñado de hermanos, y ahora un pájaro. Y eso a ella le pareció mucho. Sonrió mirando la cabecita del pájaro justo cuando la sirena de la Fábrica retumbó en el valle.

2. Mineros

12 A la mina Nicolasa llegaban mineros de todos los pueblos vecinos. Algunos se apeaban en la estación de ferrocarril El Vasco, que separaba Ablaña de Arriba de Ablaña de Abajo. Después, enfilaban el camino hacia las bocaminas, repartidas por el monte. Otros atravesaban las montañas, andando desde la madrugada, con sus boinas, sus paños y los candiles amarrados del cuello. Si estaba seco, llevaban las madreñas colgadas del palo. De las bocaminas salían los raíles con sus vagonetas, a veces empujadas por mulas, otras por guajes y otras por hombres que las iban frenando. Todo el valle estaba atravesado por los hierros de la mina.

Alicia apuró el paso. A esa hora los mineros salían de las galerías y el monte se llenaba del rumor de sus voces. Recibían alegres la lluvia menuda y

horizontal, el aire fresco que limpiaba los pulmones. Algunos se detenían en los regueros a lavarse las caras tiznadas. Se encendían sus cigarrillos, escupían en las veredas un salivazo negro y marchaban por las montañas hacia sus hogares, donde los esperaba el ganado. Otros bajaban tumultuosos a la estación de El Vasco para tomar el tren de vuelta. A Alicia le gustaba aquel desorden enérgico y masculino. Era la parte alegre de la mina. Pero la mina también eran las toses que se habían llevado a su padre y el agua turbia del lavadero. Eran los brazos cansados y los escupitajos negros de los hombres. La preocupación constante de su madre porque la tierra no sepultara a sus hermanos.

—Tantas horas allá abajo por un *sueldu* de miseria —se quejaba.

A Alicia le parecía que su madre era una exagerada. Sus hermanos estaban contentos por tener un trabajo de hombres. Tenían doce y quince años. A Aurelio, el pequeño, listo como un *raposu*, lo habían puesto a echar las cuentas de la mina y ni siquiera bajaba a las galerías. El otro, Mateo, ya había dejado de ser ayudante y era picador de la quinta planta.

Alicia se dejó arrastrar por la alegría primitiva de los hombres.

Un grupo de guajes, manchados de hulla, con los ojos guiñados a causa del resol, alborotaban y se reían. Le hacían burla a un muchacho que traía el miedo en la cara.

14 —¡Si pareces una *muyer* que no se atreve a bajar a la mina! —le decían.

La niña sintió un rayo que la espoleaba. Sin poder contenerse, gritó:

—¡*Tamién* hay *muyeres* en las minas! ¡Más valientes que *toos* vosotros!

Y era verdad. Las carboneras las llamaban. Iban con sus cestos en las cabezas y sus trajes sucios de carbón. Las había pizarreras o lavaderas o las que llenaban vagonetas a paladas. Por las mismas labores, con suerte, cobraban la mitad de lo que cobraban los hombres.

Los guajes la miraron y se rieron de ella. Les habría levantado el puño si no fuera porque llevaba el pájaro entre las manos. El chico del que se habían reído la miró con los ojos muy abiertos.

—Era mi primer día —dijo como si tuviera que excusarse de su miedo.

Por su modo de hablar se veía que era de fuera.

Los chicos siguieron su camino entre empujones y risas. Alicia se volvió hacia la riada de hombres, por ver si descubría la figura de sus hermanos. Los localizó a lo lejos. El sol, taponado entre las nubes, ya estaba muy bajo. Oscurecía las siluetas y los caminos. Se dio prisa en conducir a Candelita a la cuadra, antes de que la viesan tan retrasada. Todo lo hacía hablándole al pájaro que llevaba entre las manos.

—Voy a enseñarte a volar, no te preocupes. Verás qué pronto estás en los cielos con *la tu* familia, pajarín, picaflor, cariñín mío.

La cabeza del pájaro, negra y azulada, se movía. Alicia sentía su pico corto contra los dedos. Era una cría de camachuelo. Aún no podía saber si macho o hembra. Las plumas del pecho carmesí de los machos no salían hasta pasados unos meses del nacimiento. De pronto, Alicia pensó que tenía que haber buscado el nido del camachuelo y haberlo devuelto a sus padres. Pero la alegría de llevar aquel calor diminuto entre las manos le sopló lejos el pensamiento. Dejó al camachuelo en un nido de paja que juntó en una esquina de la

cuadra y guardó a la vaca, le dio su forraje, llenó de agua el bebedero, limpió el suelo. Todo lo hacía alegre con aquella cosa metida en la barriga que le hacía sentir el pájaro.

Ya estaba todo oscuro cuando llegó a la casa.

3. Truco

Los mayores estaban sentados alrededor del llar. El fuego ponía sombras rojas en las camisas. Los hombres fumaban y reían. Añoró ver entre ellos la figura flaca del padre, tosiendo, con el cigarro humeante en la boca y los ojos pesados y tristes, a ratos brillantes, cuando la miraban a ella. Pero ya hacía un año que el padre faltaba. Se le había metido la mina en los pulmones. Eso decía la *güela* Josefa. El médico lo llamaba silicosis.

17

Ninguno la riñó por haberse retrasado. Ni le preguntaron por aquel pájaro que llevaba acurrucado en el bolsillo del mandilón. A lo mejor ni siquiera lo habían visto.

Solo Carmina, la hermana que la seguía, le dijo luego:

—¿Y ese pajarín?

Estaban en la cama con el peso de las mantas húmedas y los pies fríos.

El camachuelo dormía junto a su almohada en una cajita llena de paja.

—Lo encontré en el camino y voy a curarlo. Le enseñaré a volar —dijo la niña, con los ojos brillantes de la ilusión.

18

—Haría bien en volar muy lejos de Ablaña. Y de este país de penuria.

Era la *güela* Josefa, que se había aparecido en la puerta y hablaba con amargura. Tenía los bolsillos del mandil abultados, con pedazos de carbón que robaba de los vagones para atizar la estufa de hierro y bolas de anís para los catarros.

—Hala, nenas, a dormir. Y ese *pajarracu* lo quiero mañana fuera.

La *güela* Josefa les dio un beso y salió del cuarto, despacio, como todo lo que hacía.

—Yo sí que me iré muy lejos, ¿sabes? —susurró Alicia.

Se tumbó en la cama con los brazos abiertos. Carmina se acurrucó a su lado. Los ojos soñadores de las hermanas miraban más allá del techo.

—Volaré como Truco.

—¿Quién ye Truco?

—¡Quién *va ser!* —se rio Alicia—. *El mi camachuelu.*

Cerró los párpados y sintió aquel vaivén en el estómago que le había traído el pájaro. Desde la caja de paja, Truco soltó un silbido vibrante y corto.